

La encrucijada de la Iglesia Católica

La evolución hoy de la religión en la sociedad es contradictoria. El peso de los sectores más radicalmente intransigentes crece, tanto en cristianos como en musulmanes, como incluso en judíos, por citar las tres religiones monoteístas basadas en la biblia y que agrupan a la mayor cantidad de creyentes. Pero a la vez el ateísmo y el agnosticismo han llegado a cuotas nunca antes alcanzadas.

Ciertamente, si del crecimiento del fenómeno religioso hablamos, este tampoco es homogéneo. Mientras las nuevas formas sectarias crecen de forma alarmante, estructuras como la Iglesia Católica están abocadas, al menos en sus tradicionales feudos, a un progresivo decaimiento, hasta tal punto que la sustitución de sus ministros no está ni de lejos garantizada.

Ante tal situación, el nuevo Papa ha optado por un intento de refundación, como podríamos llamarlo, al estilo de los partidos políticos que, tras una grave crisis como la pérdida de unas elecciones por un margen muy abultado, optan por un renovación del mismo que limpie su imagen pública conservando en todo lo posible la esencia del partido.

Jorge Bergoglio no es tonto. Muy al contrario, soy de la opinión de que se trata de un personaje muy inteligente. Pero no lo tiene nada fácil. La Iglesia Católica hace mucho tiempo perdió el contacto con sus bases de fieles, y lo perdió doblemente. Por un lado, los sectores más progresistas, implicados en los problemas sociales del entorno en que viven, no pueden comprender ni la vinculación de la estructura jerárquica de la organización a los poderes fácticos de la sociedad, ni la incompreensión de la misma a la evolución de la mentalidad de la sociedad en temas como divorcio, control reproductivo, respeto a la opción sexual, igualdad de género, eutanasia, etc. llegando incluso a no sentirse vinculados por las afirmaciones y posiciones de buena parte de las jerarquías eclesíásticas.

Por otra, los irreductibles herederos del trentismo religioso, cuya figura más cercana en el tiempo, convertida en estandarte, es el Papa Pio X, consideran que todo lo acaecido desde el Concilio Vaticano II es una permanente traición a los principios inamovibles del catolicismo. Para estos, si los Papas habidos desde Pablo VI (aunque el concilio fue convocado por Juan XXIII, es Pablo VI el verdadero

artífice de las conclusiones del mismo) fueron verdaderos corruptores de los principios religiosos tradicionales, el Papa Francisco se convierte en un verdadero apóstata.

Los sectores más radicalizados dentro del integrismo católico sostienen la presunción de "sede-vacantismo", es decir que la sede pontificia está vacante desde el mencionado concilio, siendo la elección de los sucesivos Papas posteriores inválida. Sin llegar a tales extremos, importantes sectores de la Iglesia Católica, tanto miembros eclesiológicos como simples cristianos, ven con malos ojos el llamado "progresismo" de Bergoglio. Ello le lleva a una situación en que no podrá complacer a todos. De hecho lo más previsible es que no complazca a casi nadie.

De hecho los mensajes que está lanzando son contradictorios. De una parte mantienen que ciertos principios son inamovibles, clara cesión a los sectores más reaccionarios y, ciertamente, coherentes con las bases de lo que ha sido la religión católica durante dos mil años. Por otra lanza mensajes de moderación y comprensión ante las cuestiones sociales que siempre habían sido rechazadas de forma sistemática por la Iglesia. Incluso se atreve de introducir el concepto de subjetivismo en la concepción del bien y del mal, abriendo la puerta a la aceptación de alternativas morales que no pasen por las definiciones de la Iglesia Católica, algo que difícilmente le pueden perdonar los sectores más intransigentes.

Repito, Bergoglio no es tonto. Sabe que la evolución social de los últimos años se ha acelerado de forma notable y que, previsiblemente, no va a parar. Es consciente del divorcio que existe entre los sectores más progresistas de la sociedad y los más retrógrados. Y los primeros han dejado las catatumbas. Ya no se conforman con pasar inadvertidos. Exigen, como es lógico, igualdad de derechos en el seno de la sociedad, se refuerza su peso en la balanza de poder, y por el contrario los sectores más religiosos deben aceptar la pérdida de poder, de ese poder secular que les permitía imponer la moral religiosa a toda la sociedad, compartieran o no sus miembros la creencia dominante.

La extensión de la laicidad en la sociedad, e incluso entre las propias filas de los creyentes, que exigen la toma de decisiones individualizada sobre ciertos temas como un derecho personal, debilita la propia estructura de la Iglesia Católica y pone en cuestión

su futuro. Y Bergoglio lo sabe. De ahí ese extraño baile, paso adelante paso atrás, que nos ofrece.

Para alguien que lo ve desde fuera, desde la posición de un no creyente, resulta evidente que esas aparentes contradicciones son inevitables. Pero para los propios creyentes, para los católicos resultan desconcertantes. Desde la vertiente progresista no puede verse sino como un nuevo aggiornamento que no acaba de fructificar, y a la larga pueden sentirse frustrados por unos hechos que prometen un cambio sin que este llegue a consolidarse.

Por parte de los sectores más trentistas, en el sentido de defensores de la concepción derivada del Concilio de Trento, es visto como una traición a la tradición eclesiástica y a sus principios. Ya se ha comentado que el Papa Francisco ha sido calificado de apóstata por algunos miembros del mencionado sector. Pensemos por un momento en los grupos que protagonizan los actos en defensa del modelo cristiano de la familia ("el día de la familia", actos contra el aborto, contra el matrimonio gay, etc.) del estado español. Si se implantara una actitud de tolerancia hacia estos temas en el seno de la Iglesia Católica, todos ellos quedarían descalificados.

Pero además hemos de pensar en los miles, cientos de miles, millones de católicos que, siendo creyentes, no podemos definir como integrantes de algunos de los dos sectores citados. Son aquellas personas que mantienen una creencia como algo tradicional, simplemente porque así fueron educados y nunca se han planteado ningún "por qué". Para ellos, en unos casos más y en otros menos, tales posibles cambios en la postura oficial de la Iglesia les causará desorientación. Es lógico, la religión organizada se basa en el establecimiento de dogmas inamovibles, y si los dogmas sufren una transformación más o menos radical es inevitable la confusión generada.

No pretendo afirmar que no se hayan producido cambios en los planteamientos de la Iglesia a lo largo del tiempo. Dos mil años son muchos años para que nada varíe. Pero las circunstancias históricas son muy distintas. En ningún periodo histórico anterior las voces de quienes rechazamos el modelo religioso han tenido tanta resonancia como en la actualidad. Por otra parte la capacidad de acceder a la información nunca había sido tan grande, y por consiguiente tan accesibles las críticas a la postura oficial, tanto en un sentido como en otro. Si a ello añadimos que el poder de la Iglesia de imponer su

voluntad a la sociedad y acallar las disonancias se ha reducido notoriamente, es evidente que cualquier cambio en el rumbo de la Iglesia oficial está abocado al estricto escrutinio y crítica subsiguiente, cosa antes nunca vista.

Jorge Bergoglio sabe que si la Iglesia Católica quiere tener opción a sobrevivir, debe cambiar sus criterios. Lo que no está tan claro es si tales cambios podrán garantizar su supervivencia, o si por el contrario acelerarán su descomposición final.